

## Perder a la Benjamin

**P**erdí mi pasaporte. No es nada que no haya pasado antes, pero creía haber tomado las medidas necesarias para que ya no se repitiera algo así. Y es que, sin ciertas precauciones, es fácil que mi atención se deje llevar por juegos de luces, sonidos o ideas más o menos novedosas y que mi cuerpo quede a merced de cierta intuición motora, encargada entonces por completo de llevar a cabo tareas cotidianas de las cuales soy incapaz de dar cuenta después. El tiempo que transcurre durante esas ausencias es siempre suficiente para que actas de nacimiento, credenciales y comprobantes varios comiencen a desplazarse a mis espaldas hacia sitios improbables en donde quizá los encuentre meses después, una vez que haya pasado por el viacrucis de los trámites necesarios para obtener su remplazo —así fue con una de mis identificaciones oficiales y con la licencia de manejo—. Ante tales penitencias burocráticas, me obligué a respetar una rígida estrategia y a seguir prácticas repetitivas e invariables que me mantuvieron a salvo durante algunos años.

Primero guardé todos mis documentos en un archivero de plástico con divisiones y pestañas de colores para señalar las distintas áreas relacionadas con los papeles en cuestión: trabajo, academia, personal, salud, miscelánea. Después automaticé mi comportamiento frente al archivero: todo documento extraído debía ser registrado con fecha y motivo en una libreta que permanecía dentro de la fortaleza plástica y, en cuanto lo tuviera de vuelta en mi poder, no bien volviera a casa, debía colocarlo en su lugar y marcar con una palomita el registro correspondiente. Este método funcionó a la perfección hasta que me fui por un tiempo a vivir fuera de México. Entonces tuve que armar una carpeta transparente con los papeles esenciales y dejar el archivero a resguardo en casa de mi hermana durante algunos años.

Al volver, desacostumbrada ya al rigor del archivero y con el desconcierto del regreso, relajé las medidas y las viejas dinámicas se instalaron de inmediato. Como en un sueño, creo haber pensado hace un tiempo: «Debería guardar mi pasaporte lejos del resto de los documentos, así si alguien se lleva mi archivero todavía tendré una identificación oficial».

¿Por qué habría pensado que alguien podía interesarse por el archivero? No sé. Lo que sí sé es que era justo cuando trataba de escribir un ensayo sobre Walter Benjamin. Había estado estudiando sus tesis sobre la historia y el *Libro de los pasajes*; entre lecturas, había buscado imágenes suyas, textos sobre su vida, revisado Wikipedia y escritos de quienes lo conocieron y escribieron sobre él.

\*

La escena la imagino así: unos botines de gamuza gastados cubren unos pies torpes que avanzan a trompicones por una ladera rocosa. En un paso mal calculado, uno de los pies resbala, arrastrando consigo piedras que ruedan por la ladera y obligan a aquel sujeto a apoyar las manos en el suelo para no golpearse o para no caer como las pequeñas rocas, cuesta abajo. El hombre queda sostenido en cuatro patas más tiempo de lo que el tropiezo amerita, tantea su bolsillo antes de reanudar la marcha (todo en orden), y se incorpora. Respira agitado y tiene los ojos hundidos en oscuras ojeras que rebasan el marco de sus lentes. Retoma la marcha y a medida que un pie aventaja al otro, cree decidir entre dos caminos distintos: uno escarpado y riesgoso por el que espera cruzar fronteras y escapar de la guerra; el otro es renunciar a la vida. Conforme avanza por el primero, el segundo se acerca a su vera al punto en que uno y otro son el mismo: escapar de la guerra es adelantar su muerte.

Walter Benjamin se suicidó la noche del 25 de septiembre de 1940 cuando, luego de dejar Marsella y atravesar los Pirineos hasta Portbou, le fue negada la entrada a España, por donde pretendía llegar a Portugal para embarcarse hacia los Estados Unidos. Hannah Arendt escribió al respecto: «Un día antes, Benjamin hubiera cruzado sin problemas; un día después, la gente en Marsella hubiera sabido que por el momento era imposible cruzar a través de España. Solo en ese día en particular era posible la catástrofe».

\*

Al sur de la Provincia de Buenos Aires, en una ciudad llamada Bahía Blanca, creció mi mamá. Mis recuerdos del lugar son vagos y poco útiles como referencia turística. Puedo decir, por ejemplo, que el dibujo de la banqueta es un estriado tan frecuente como el de un cuaderno a rayas y que, en consecuencia, ir de la terminal del ómnibus hasta el Centro Norte arrastrando una maleta de rueditas se vuelve tan escandaloso que equivale a ir gritando «ya llegué» a todo lo largo del trayecto. También me acuerdo del viento enloquecido que golpeaba frío hacia

cualquier dirección con el claro propósito de colocarle a todo mundo el pelo en la cara. Esa ciudad, donde aún vive la mayoría de mi familia materna, es mufa.

La palabra la aprendí durante mi segundo viaje a Argentina. «A ver si te recibo cuando vuelvas porque vas a andar mufa», me dijo mi mejor amigo en Buenos Aires cuando le comenté que iría a Bahía unos días a visitar a la familia. Él mismo me explicó lo que significa ser mufa: «Mufa es el que trae la mala suerte. Alguien mufa es ese al que siempre le pasa algo malo o más bien, que siempre que aparece lo jode todo. Como Bahía. Nadie quiere tocar allá porque hay historias terribles de recitales que fueron un desastre. La gente pierde vuelos, dinero. Algunos ni siquiera mencionan el nombre; Charly, por ejemplo, no dice Bahía Blanca nunca, dice BB. Es un poco como “estar salado” en México, pero ser mufa no es temporal, es una condición definitiva».

Al investigar en Internet, descubrí que mufa es una apropiación del veneciano *muffa*, pero a falta de un diccionario véneto-español, no pude encontrar el significado de esa palabra. Así que considero el significado en italiano, que asumo cercano: moho. Mufa entonces sería una persona –o lugar– dañina como el moho, que incluso, por sobrexposición, puede llegar a ser mortal. Me satisface la explicación y sobre todo me conformo con la asociación al reino fungi de los mufas cuando pienso de nuevo en Bahía, en la humedad y el olor a óxido del puerto.

\*

Fue a fines de febrero de 1933 cuando ardió el edificio del parlamento alemán. El partido nazi llevaba tiempo alegando que Alemania estaba al borde de una revolución y sostenía que la única forma de evitarla era otorgar al canciller el poder de legislar por decreto, como establecía la Constitución de Weimar en caso de emergencia. El incendio que consumió el Reichstag fue considerado por el gobierno como la prueba de la conspiración comunista; al día siguiente se estableció la suspensión de las libertades civiles y, al poco tiempo, los nazis consiguieron que se aprobara la Ley Habilitante.

Sin duda Benjamin leyó el triunfo de Hitler en ese fuego: una enorme hoguera que ofrendaba el poder que tanto había ambicionado el recién elegido canciller y que sería clave para comenzar la persecución y represión de opositores del régimen y de judíos. Es posible, incluso, que haya descifrado, en aquella lumbre, la confabulación de los nazis para planear el atentado y la satisfacción del futuro Führer en el chisporrotear por duplicado de las llamas en sus ojos. Aún más, me atrevo a creer que, en esa imagen nocturna del incendio devorando el palacio, Benjamin alcanzó a ver, como un relámpago en el instante mismo de peligro, el recuerdo involuntario de un siglo arrepentido de la fe en el progreso. El incendio como principio –en el sentido de comienzo (comienzo de una era, en este caso) y como norma que rige, la norma de producir cenizas–. Lo que Benjamin no advirtió en las gamas de naranjas y amarillos de aquel fuego, fue el tono ocre dorado de la tierra de la Costa Brava que años más tarde tendría bajo sus pies.

Tan pronto como pudo, Benjamin dejó Alemania definitivamente.

\*

¿Quién decide si una persona es mufa? Mike Jagger es considerado mufa porque todo equipo de fútbol al que apoya, pierde. También el equipo argentino Racing Club de Avellaneda es mufa, entre otras cosas, por ser el único del mundo que luego de ir ganando cuatro a uno, perdió cinco a cuatro. Menem ha sido señalado por varios eventos, uno de ellos durante su campaña, cuando un camión de simpatizantes se desbarrancó y dos días después de la visita del innumerable en el hospital, murieron quienes habían sobrevivido al accidente. Durante un tiempo se creyó que era mufa Carlo Di Sarli, compositor, por cierto, del tango más hermoso que he oído: «Bahía Blanca».

\*

Durante los primeros días de 1935, probablemente marzo, Benjamin paseaba por las calles de Mónaco. La poca distancia que había entre el principado y la casa de su exmujer en San Remo, donde había pasado unos días, le había hecho imposible no detenerse a probar suerte –su debilidad por el juego era mayor de lo que se suele creer.

La verdadera embriaguez del jugador –escribió Benjamin– reside [...] en esa peculiaridad del juego de azar por la que provoca presencia de espíritu al ofrecer varias constelaciones en rápida sucesión, cada una de las cuales –siendo completamente independientes entre sí– apela a una reacción inmediata del jugador. Esta situación produce en los jugadores la costumbre de apostar, si es posible, solo en el último momento. Ese es también el instante en el que ha lugar una conducta puramente refleja. Esta conducta refleja del jugador excluye la «interpretación» del azar. El jugador reacciona más bien al azar, como la rodilla lo hace al martillo en el reflejo rotuliano. El supersticioso atenderá a ciertas señales, el jugador reaccionará a ellas aun antes de haberlas podido tener en consideración.

No era la primera vez que Benjamin visitaba Mónaco; el casino lo había atraído otras veces, pero antes podía alojarse en los hoteles de lujo cercanos a la playa independientemente de si la mano en el póker había sido buena o no, o de los números que había obtenido en el 21. Aquella vez, en cambio, sabía que no podría pagar el alquiler a menos de que la suerte estuviera de su lado. No lo estaba. Perdió mucho dinero apostando en la ruleta y tuvo que esperar a que alguien (probablemente su hermana o Adorno, como adelanto de su futuro trabajo en París) le enviara dinero.

\*

Es probable que a finales de marzo viaje a Argentina. Pero para poder ir, en primer lugar, necesito un pasaporte. Me niego a tramitar uno nuevo porque el mío (el que perdí) está vigente

al menos por dos años más y sé que está en algún lugar insólito del departamento, donde mi precaución paranoide me llevó a esconderlo durante uno de esos raptos de automatismo corporal que no quedan registrados luego en mi memoria.

He buscado por todas partes muchas veces: en el archivero de plástico, en la carpeta transparente de «los esenciales», en mi escritorio, en el de Daniel, en mi buró, en el de él, en el closet... He revisado las siete maletas que tenemos y todos sus bolsillos, detrás de los libros en los libreros, detrás de los libreros en el suelo, en los cuatro cajones de la cama y en el mueble de los platos. No está. Aparentemente no está, pero sé que sigue esperando que lo descubra en algún bolsillo (también busqué en mis abrigos), en alguna mochila (también las revisé todas) o en algún sitio que todavía soy incapaz de reconocer como espacio posible.

Pienso en Benjamin, y a la desesperación de no encontrar mi pasaporte se suma la dificultad que tengo para terminar el ensayo que quiero escribir sobre él. Me parece que solo al encontrar el dichoso documento voy a poder acabar lo que estoy escribiendo, o peor: que mientras esté escribiendo sobre Benjamin, no voy a encontrar el pasaporte. Empiezo a creer que Benjamin es mufa.

\*

En su libro *Scum of the Earth*, Arthur Koestler relata el último encuentro que tuvo con Benjamin, quien había sido su vecino en el número 10 de la calle Dombalse en París y asiduo a las reuniones que organizaba para jugar póker. La huida de ambos había coincidido en Marsella, en agosto de 1940: Koestler partiría al día siguiente hacia Inglaterra vía Orán, Casablanca y Lisboa y Benjamin, una semana más tarde, seguiría un camino distinto para tratar de llegar a los Estados Unidos. Aquella tarde –los pienso a ambos fumando, tratando de mantener el gesto inexpugnable frente a un par de tres o a una tercia de ases– Benjamin le había preguntado si tenía algo que tomarse en caso de que las cosas salieran mal pues –explica Koestler– «en aquellos días todos llevábamos “algo” en nuestros bolsillos como conspiradores en una historieta de Penny dreadful». Como el húngaro no estaba preparado para el peor de los escenarios, Benjamin, aunque reacio, le compartió la mitad de las sesenta y dos pastillas de morfina que había conseguido una semana después del incendio del Reichstag.

«No tengo nada», habrá dicho Benjamin al dejar sobre la mesa sus cinco cartas con el lomo hacia arriba.

\*

Son cuatro las fotos que se conservan del verano del 34 en la casa de Brecht en Svendborg, Dinamarca: tres retratan a los amigos frente al tablero durante una de las frecuentes partidas de ajedrez y en otra aparece solo Benjamin. En ella se le ve de cuerpo entero con botines de gamuza y el seño fruncido. Esto último, claramente, debido a la luz de mediodía que lo golpea

de frente y lo obliga a entrecerrar los ojos y a tratar de hacerse sombra con la piel del entrecejo. Pero hay otros rasgos del gesto de Benjamin que no responden a la mera molestia del sol y que la imagen por sí misma no explica. Las comisuras de los labios, por ejemplo, se arrojan en picada hacia abajo de los extremos del bigote, mientras los hombros, rendidos por la gravedad hacia el suelo, arquean la espalda que empuja la pelvis hacia afuera. A esta postura descompensada la coronan los brazos que a uno y otro lado esconden las manos en los bolsillos. Ahí, al resguardo de la tela, casi a modo de señuelo, me parece ver a Benjamin frotando el frasco que contiene las pastillas de morfina frente a la cámara que apunta directamente hacia él.

En esos días, solían sentarse en el jardín después de comer a jugar en silencio al ajedrez. El carácter resuelto y arrollador de Brecht encontraba un oponente meticuloso y de concentración imperturbable que, a falta de un reloj que estableciera tiempos precisos para cada turno, prolongaba por horas cada partida en la búsqueda de la estrategia adecuada. Aún así, rara vez ganaba Benjamin.

Al morir Benjamin, Brecht le escribió:

Cansar al otro era tu táctica preferida  
en la mesa de ajedrez a la sombra del peral  
el enemigo que te apartó de tus libros  
no se deja cansar por alguien como nosotros.

También Arendt, en una de sus cartas a Gershom Scholem, hace referencia a esas largas partidas de ajedrez: «Benji y yo jugábamos ajedrez desde la mañana hasta la tarde y, entre partidas, leíamos el periódico». Era junio de 1940. Benjamin había dejado París de manera intempestiva, luego de salvarse azarosamente de la internación en un campo de concentración que Arendt no logró eludir. Cuando ella escapó, se encontraron en Lourdes, desde donde ambos planeaban, cada cual por su cuenta, llegar a Marsella. Benjamin comenzó entonces a hablarle insistentemente sobre el suicidio. Ella negaba enfáticamente que la situación fuera tan desesperada como para pensar en esa opción; él afirmaba que lo que no se podía hacer era esperar demasiado.

\*

Suspendí la escritura del ensayo sobre Walter Benjamin. «Se han escrito mil ensayos sobre la muerte de Benjamin», me dijo Daniel hace algunos días y esa sentencia resultó la estocada final a mi ya vacilante compromiso con un texto que no sabía ni para qué estaba escribiendo. Todavía tengo que acabar de leer el *Libro de los pasajes*, pero en cuanto acabe con eso, dejaré en paz al ya tan manoseado intelectual alemán.

Me acuerdo del pasaporte: tal vez ahora pueda encontrarlo. Pienso en Argentina, en visitar Bahía y en una novela de Kohan que leí hace tiempo donde sé que en algún lugar menciona

la fama enmohecida de la ciudad sureña. Busco el libro y leo: «Se abandona por lucidez, por haber entendido todo, porque es inútil hacer durar lo que en verdad ya se acabó. Por eso el buen ajedrecista abandona: no para perder, sino porque ya perdió».

Ciudad de México **C**



FELIPE EHRENBURG. *Responsabilidad individual*, 1979.  
Técnica mixta - collage/cartón, 706 mm x 558 mm